

La Novela Corta



VENGANZA

POR

CARMEN DE BURGOS (Colombine)

10 cts.

N.º 1. EXTRAORDINARIO

ESTA OBRA LA NOVELA CORTA SE PRESA

Madrid, 17 de Agosto de 1918

Núm. 137

Director: José de Urquiza

HOMENAJE A LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX.

LA NOVELA CORTA, después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para completar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas.

NOVELA ROMÁNTICA

* **LARRA**.—El Doncel.
ESPIONCEDA.—Sancho Saldaña.
PATRICIO DE LA ESCOBURA.—El Conde de Candespina.
MARTINEZ DE LA ROSA.—Doña Isabel de Solís.
ENRIQUE GIL.—El señor de Bembibre.
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.—La maldición de Dios.
ORTEGA Y FRIAS.—Abelardo y Eloisa.

HARTZENBUSCH.—La hermosura por castigo.
GERTRUDIS G. AVELLANEDA.—Eldonativo del diablo.
PASTOR DIAZ.—De Villahermosa a la China.
AIGUALS DE IZCO.—La Marquesa de Bellafior.
NAVARRETE.—Una historia de lágrimas.
FÉREZ E JORIOH.—El cura de aidea.
PILAR EL JUES.—La rama de sándalo.

NOVELA HISTÓRICA

F. PATROT.—Las ruinas de mi convento.
CÁNOVAS.—La campana de Huesca.
VICOETO.—Los hidalgos de Monforte.
B. LAGUER.—La espada del muerto.

NAVARRO VILLOSLADA.—Doña Blanca de Navarra.
AMOS DE ESCALANTE.—Ave María Stella.
CASTELAR.—La hermana de la caridad.

NOVELA NATURALISTA

* **FERNÁN CABALLERO**.—La Gaviota.
MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.—La protección de un sastre.
* **EL SOLITARIO**.—Escenas andaluzas.
MESONERO ROMANOS.—Escenas maritenses.

PEREDA.—Antología.
VALERA.—Antología.
CLARÍN.—Antología.
SELGAS.—Nena.
* **ALARCON**.—El amigo de la Muerte.
* **ARTURO REYES**.—Cartucherita.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa

POETAS

ZORELLA.—Recuerdos de tiempo viejo.
* **TEUBA**.—Cuentos campesinos.

* **BEQUER**.—El caudillo de las manos rojas.
CAROLINA CORONADO.—Sigea.

ESCRITORES

GANIVET.—Pío Cid.
* **SILVERIO LANZA**.—Medicina rústica.

TABOADA.—Una novela.
EUSEBIO BLASCO.—Una novela.
* **ALEJANDRO SAWA**.—Noche.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas novelas extractadas y precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por

La Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, Manuel Bueno y Cristóbal de Castro.

Estos números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

(*) Las obras señaladas con asteriscos ya han sido publicadas

V E N G A N Z A



NOVELA INÉDITA

por

R-4679-A

Carmen de Burgos (Colombine)

I

Desde la llegada de los mineros la paz del pueblecillo se había alterado de un modo alarmante. Aquellas brigadas de trabajadores, venidas de Mazarón; para explotar los registros en los que el análisis del mineral había acusado la presencia del oro, cambiaba la vida sedentaria y monótona de los campesinos de Rodalquilar, sacudiendo su pereza moruna y la indolencia muelle en que se adormecían las pasiones fogosas y salvajes.

Aquella derivación de la cordillera ibérica, que se suponía preñada del precioso metal, iba a sepultarse allí en el agua para reaparecer en la frontera costa africana, como si el mar que separaba los dos continentes fuese para su grandeza un simple arroyo, incapaz de destruir su unidad, de suelo, de clima, de raza y hasta de costumbres.

Rodalquilar era un repliegue de la montaña, un hueco semejante a un anfiteatro, cuyo lado costero se había derrumbado para que le hicieran florecer el mar y el cielo.

Lo aislaban los cerros altos, desiguales, roquizos, dificultando la comunicación con la tierra; y su playa mansa, de arenas menudas, calcinadas, reseca, como molidas por la acción del sol y del viento, no presentaba calado para que pudiesen llegar más embarcaciones que las lanchas pesqueras de Carboneras y Escuyos, que iban a echar allí sus jábegas, conduciendo a su bordo todo un pueblo nómada y pintoresco, de mujeres descalzas, hombres de rostro rosado y gorros rojos y chiclelos vestidos de anchos calzones de bayeta amarilla.

Eran estos, con algunos arrieros y mercaderes ambulantes, que se arriesgaban a bajar con borriquillos las difíciles cuestas de las Carhuelas o de Las Piedras, los únicos seres extraños que periódicamente hacían su aparición en el valle. Se pasaban los años sin que a la puerta de un cortijo llegase una cara nueva.

No había nadie extraño en el valle más que aquellas cuatro parejas de carabineros, que al mando de un sargento ocupaban la Caseta para vigilar las costas. Estaban siempre con ellos en continua lucha, lucha reservona, hipócrita, disimulada, con la cachaza campesina. La misión de los carabineros

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

era allí inútil. Pasaban todos los alijos a ciencia y paciencia de que eran impotentes para evitarlos. Las noches de levante, doblando Punta Polacra más allá del Cerro de los Lobos, en las protectoras envenenadas del Carnaje y Peña Negra o las de poniente por el cerrico del Romero, o por la playa del Castillo.

Los carabineros estaban siempre en un brete; sabían que no podían fiarse de nadie y esto despertaba su brutalidad. Se vengaban de los campesinos, acudiendo a los cortijos en que había mujeres mozas y casadas apetitosas, en vez de guardar la plaza. Eran frecuentes los casos de encontrar carabineros muertos a puñaladas en medio de un camino, y a veces también se halló algún paisano traspasado de un balonetazo en su propia hacienda, cuando velaba su novia o guardaba sus cosechas.

Y no era que el sentimiento del honor se conociera allí, en la medida y el concepto que generalmente tiene. Sus venganzas eran por la pasión de amor propio o la irribilidad del momento. Entre ellos luchaban por pasiones; para los carabineros había siempre un odio latente de raza, implacable. No se dio jamás el caso de hallar un delator. Todos sabían callar ante la justicia. Ningún testigo daba el menor detalle. Se protegían hasta los mismos que se odiaban, y que en vez de darse las gracias, dirimían sus contiendas a mano armada o herían por la espalda a su rival, agazapados detrás de las matas al borde del camino.

Allí se criaban los muchachos ayudando a los trabajos desde que podían ir a guardar los animales al campo, o arrear la vaca que da vueltas a la noria, clavándole la ajada para evitar que se pare; y lo mismo hacían esto las muchachas cuando no había hijos varones, que si no había hembras en la prole, los muchachos traían el cántaro, fregaban los cacharros y arroraban a los más pequeños.

La distinción de sexos venía con la pubertad; se exageraba el recato y la separación, con sabiduría experta para despertar el deseo, y cada moza veía a su alrededor pretendientes, con los que era preciso acentuar el desdén por mucho que les importaran.

Los noviazgos tenían su protocolo, sus visitas de reglamento, sus regalos obligatorios. Cuando el padre del muchacho o el pariente más cercano iba a ver al padre de la novia con manojo de esparto cocido y majado bajo el brazo y sin dejar de labrar su crineja para darle la noticia.

—Me parece que los chicos se quieren.

El padre de la muchacha respondía:

—Pus vamos a casarlos.

Ya estaba todo hablado. Una rezadora vieja tomaba a su cargo enseñarles la doctrina para que fueran a Nijar a celebrar las bodas; pero los novios rara vez la aprendían y sólo llegaban al matrimonio los labradores ricos que formaban su aristocracia. Los braceros acababan siempre por juntarse, esconderse unos días por los vericuetos de la sierra, pedir perdón y vivir luego tranquila y maritalmente sin dar de comer a los curas.

Los chicos se bautizaban porque el alcalde pedáneo los obligaba a llevarlos al pueblo, pero no podía impedir a veces que, aprovechando la noche, enterraran sus muertos en las orillas del mar. ¿Para qué llevarlos, terciados en la bestia al camposanto, si el mar está bendito por Dios y tiene las aguas sagradas?

A través del tiempo el aumento de familias, que parecían crecer allí arraigadas a la tierra, trajo un exceso de habitantes. Los hombres tenían que emigrar los inviernos a Argelia y volvían en el tiempo de las recolectas. Las mujeres se la apañaban solas. Nunca faltaba caridad para vivir todos y ninguno se inquietaba por la fidelidad que le guardase su hembra. No se daba jamás el caso de que se separasen aquellas parejas, libremente unidas, pero el hombre que demostrara cariño o confianza se consideraría en ridículo. Había que

tratar a la mujer con la cara fosca, de señor y dueño que ordena, y si alguno le preguntaba a otro alguna vez:

—¿Cuántos hijos tienes?

La respuesta invariable era:

—Tres, o cinco, o uno, han nacido en mi casa.

No les faltaba razón. Gente pobre, indolente, perezosa, vengativa, que vela en el contrabando, más que una fuente de ingresos, algo que conmovía sus vidas monótonas, haciéndolas experimentar la emoción o la ansiedad de la aventura: su pasión más grande era la lujuria a que les condenaba la quietud de sus vidas y la sensualidad del ambiente.

Sin embargo, sabían ser hipócritas y reservados para aparentar una pureza de costumbres primitivas y dulces. Salvo cuando las mujeres ríen y se lanzaban los más crueles insultos, descubriendo los secretos y debilidades, todas se guardaban de que se supieran sus trapicheos y empezaban por disimular los de las otras, sin perjuicio de murmurarlos entre ellas en voz baja.

Las riñas de las mujeres solían tener consecuencias fatales. Los hombres, que no se preocupaban de la honradez, si no les ponía en ridículo, defendían su pasión de un modo salvaje. A una revelación de engaño solía seguir un crimen.

Se contaban algunos verdaderamente espeluznantes.

Perillo Tarrago, que se alabó de sus amores con una cortijera, fué encontrado muerto en una cueva, acribillado de puñaladas, a los dos meses de desaparecer.

A los dos días de haber vuelto de Orán Juan Freniche, lo encontraron, desangrándose y con los dos ojos saltados, al amante de su mujer. Lo habían echado en su camino el marido ofendido, la suegra y dos cuñaditas de calor a dieciséis años, que, con piedras y palos, creyeron haberlo dejado muerto.

Tres mujeres solo hacían alarde de su libertad entre la hipócrita pudibundez del pueblo. Las «Rayadas», una madre y dos hijas, que habían establecido una tiendecilla de comestibles.

Su negocio hubiera dado en quiebra a no defenderlo la venta del aguadiente y el peleón. Las mujeres no querían ir allí a comprar nada. En cambio, la pequeña cocina, única pieza de la casa, que servía a la vez de tienda y de dormitorio, estaba siempre llena de hombres.

Entraban con el pretexto de tomar una copa y compréndian unos sus partidas de naipes: la brisca, el Pablo o el se cayó, apurando con garbanzos renegridos los tantos, mientras la medida de lata, con media azumbre de vino, daba la vuelta a la mesilla, apurando de ella sendos tragos, sin necesidad de vasos y cubitales, previo el pasar el revés de la mano sobre los labios para limpiarse. Otros tocaban la guitarra para que cantaran la madre y las dos muchachas. Las tres bailaban como peonzas el fandango, con un movimiento de caderas enloquecedor.

Eran tres mujeres feas con los ojos sin pestañas y los rósitos picados de viruelas, llenos de costurones amoratados e hinchados. Pero las tres tenían bellas trenzas negras; cuerpos admirablemente formados, anchas las caderas, en las que encajaba el busto como un macetero y cuellos rectos y erguidos, que comunicaban un aspecto de viveza a su cabeza. Por un raro contraste con las costumbres del lugar y con todo lo que las rodeaba, las tres mujeres añadían a la voluptuosidad de sus movimientos la voluptuosidad de su limpieza.

Y como las tres eran cadañeras, la familia se aumentaba con tres chiquillos anualmente. Crecían allí, bajo el charrizo revuelto con las gallinas, los cerdos y los gatos, sin que ni ellas mismas pudieran distinguir bien entre el hermano, el hijo o el sobrino.

El esposo de la madre, un hombre de rostro bonachón y plácido, cuidaba de guisarles su rancho y repartirse en escudillas de lata, que ellos defen-

dían unos de otros, gruñendo como perros y luchando a cucharazos en más de una ocasión.

Toda aquella piara de muchachos de ambos sexos, sucios y mal alimentados, cubiertos de roña, con los ojos medio ciegos de la oftalmia purulenta, engendrada por la miseria, pasaban la vida revolcándose por la tierra, hacinados bajo las tinadas del corralón en el invierno y arrimados a los muros de piedra y barro de la casilla durante el verano; defendiéndose a manguzadas de las moscas, que acudían a la suciedad, y colocando el brazo doblado por el codo sobre el rostro para defender la vista de la luz del sol. Las madres los habían designado a todos con el nombre común de los *Rarras*, sin concederles mayor atención que a cualquier otro animalillo doméstico.

Ellas mismas no se habían podido escapar a la infección de su miseria, Rosa y Rosilla, la madre y la hija mayor, tenían los rostros pintados de viruelas, con terribles costurones, y Juanilla, la menor, ostentaba los párpados inyectados de sangre como dos heridas en torno de la pupila reluciente.

En el antro había crecido, como flor de estercolero, una linda muchachita, hija de Rosilla, que ya tenía a la sazón catorce años de edad.

La degeneración de la muchacha, unida a su gran juventud le daba una belleza extraña: Un color blanco lechoso, en el que el sol pintaba sonrosados en las mejillas, y una larga cabellera rubia, rizada, que contrastaba con los cutis morenos y los negros ojos de las mujeres del lugar.

Su debilidad, su idiotez se traslucían en una timidez y un recato que la hacían silenciosa y huraña; y sus ojos sin luz, muy celestes y muy débiles, se bajaban al mirar, esparciendo sobre su rostro una luz azul de candor.

Y las gentes que frecuentaban el tugurio tenían el aliciente de aquella rara muchacha que permanecía indiferente a cuanto la rodeaba, sin conocer la incitación que ofrecía con su carne blanca y cuya virginidad guardaban celosas las tres mujeres.

Le habían separado del montón de los *Rarras*, la lavaban y la peinaban diariamente, y allí estaba, cerca de los jugadores, todo el día, silenciosa y adormilada, acariciada por las miradas lúbricas de que no sabía darse cuenta.

Desde la llegada de los mineros, la prosperidad de las «Rayadas» iba en aumento.

Habían tenido que comprar un borriquito, que Sebastián, el marido de Rosa, llevaba a Nijar un par de veces por semana y lo traía cargado de bebida y de embutidos y que se consumían en la taberna, dejando pingües ganancias.

La vida de la familia era una perpétua fiesta. Entre todos constituían un teatro de variedades. Bailaban, cantaban y jugaban la madre y las dos mayores; mostraba la albina su desnudez de estatua, más incitante en su diferencia e inmovilidad: lucían los *Rarras* sus gestos grotescos en peleas provocadas echándose un chorizo o un pedazo de pan, que se disputaban como perros, y el mayor de ellos, «Cinco Peroles», con sus veinticinco años, su larga barba y su aspecto forzudo, los divertía con su idiotez, como un clown de circo.

Las mujeres del valle se indignaban contra aquella casa de escándalo. Si querían bailar tenían que invitar a su baile a las «Rayadas», so pena de que los hombres las dejasen solas en sus fiestas. Todas las criticaban y las maldecían por lo bajo y todos contemporizaban con ellas. Jamás fuera de su casa se las había visto faltar al recato ni a las fórmulas de ese exagerado respeto de sí mismas, tan grande y meticuloso en las campesinas.

A los mineros se los habían acogido bien en la creencia de que estas no iban a estorbarles como los carabineros, sino que podían ser materia explotable.

Los propietarios de terrenos les habían cedido solares para construir sus casillas, con la esperanza de quedarse con ellas si fracasaba la empresa mi-

nera, y el lugar tan silente y pacífico en la monotonía de la vida agrícola, se llenaba de animación y actividad. El tabaco de contrabando se vendía clandestinamente, constituyendo para muchos una industria, que a ciencia y paciencia habían de tolerar las *carabinas*, y los buhoneros cruzaban sin cesar las estrechas veredas, detrás de los pacientes borriquillos cargados con la arquilla de baratijas y los cachos de recova.

Para los braceros que emigraban a Orán las minas les ofrecían el recurso de pedir al subsuelo el pan que la tierra les negaba. Preferían el peligro de aquellos pozos de paredes movédizas, ligeramente obrados, que eran una amenaza de muerte para los que en ellos penetraban, a los tormentos de la emigración.

Si la tierra hubiera sido propicia todo hubiera marchado bien, pero el filón no parecía por más que se ahondaba en las entrañas del monte. Los pazos se obstinaban en ser infecundos en metal, y en cambio, ricos en venenos de agua. La compañía explotadora, temerosa del fracaso, no se atrevía a llevar la maquinaria previa para los trabajos; la labor se hacía peligrosa, fatigante, y los negros agujeros amenazaban desplomarse, reblandecidos por los cimientos, sobre los temerarios que penetraban en ellos. ¡Y, sin embargo, sobraban solicitudes de trabajo! El año de mala cosecha les había sumido en la miseria. Preferían los riesgos de la mina a los tormentos del hambre.

Sobraba gente, y cuando el capataz empezó a negar las demandas de braceros, empezó el descontento. ¿Por qué habían de estar trabajando allí aquellas brigadas de hombres de Mazarrón con perjuicio de los hombres del país? Ellos no les reconocían su superioridad, y su pericia en la minería y se indignaban de la actividad y de la puntualidad en el trabajo que venía a señalar el contraste con su dejadez moruna.

Los mineros no gustaban como ellos de tenderse al sol y de estar horas y horas inactivos. Bien pronto hubo otra razón de odio: los mineros les galanteaban las mujeres sin la hipocresía de los carabineros. Las muchachas les hacían cara a pesar de la protesta de algunos padres, no más de Mazarrón, y lo mismo en los bailes que en casa de las «Rayadas», los mineros eran los amos con ese aire desprendido y rumboso con que sabían gastarse los jornales, los que amenazados siempre por la muerte, no cuentan con el ahorro para sacrificar el placer del único momento que les pertenece.

Se diría que aquellas gentes habían tomado por conquista a Rodalquilar. El odio a los mineros se condensaba en torno del señor Pablo, el capataz; un hombre coloradote, grueso y plácido, de ancho cuello de atleta, con ese aspecto irónico y bonachón que dan los pliegues de la grasa a la fisonomía de los hombres gordos, y que tan fácilmente les captó la confianza. La sombra del señor Pablo era su mujer, la señora Pascuala: una mujercita cuadrada, de piernas cortas y ancho talle, que se balanceaba al andar con ese movimiento temblante de las colombres llenas. En la esfera de aquel rostro, que en su tiempo fué de rubia graciosa, había hecho la obesidad estragos. Las aberturas de sus ojos, como puñaladas enconadas, dejaban pasar el brillo de una mirada maligna, y bajo el promontorio, oculto en la grasa de las mejillas, de la naricita respingada, se hundía la abertura de una boca grande, rajada y fina, semillero de diatribas y maldiciones. La frentecilla estrecha daba nacimiento desde las clareonas cejas al emmarañado manojó de estopa de los largos cabellos grises. La Pascuala abominaba de Rodalquilar; su marido, frescachón y buen mozo, estaba adulado por todas las mujeres que sabían qué con su influencia podían lograr una plaza para su padre o marido. La Pascuala ardía en celos al notar el desamor encubierto del pobre hombre que la desposó esbelta y juvenil y se veía ligado a su deformidad. Pablo era bueno, la respetaba y la atendía, pero Pascuala, que ocultaba un corazón sensible entre sus mantecas, tenía descos de madrígales y no se avenía de buen grado a las galanterías de su marido con las muchachas.

Ella se creía con derecho a ser amada, porque era su mujer *propia*, como manda el Señor, y porque nadie podía ganarle a hacendosa y madruguera. Su casita estaba siempre limpia como una patena, las camisas de su marido se las podía poner el mismo Obispo. De su fogón salían los olores de los guisos más apetitosos que pueden adular un paladar regalón y sus tablas de pan llamaban la atención en el horno. Si su marido trabajaba ella sabía hacer de una peseta dos, y que le luciera el dinero; por eso Pablo llevaba siempre la faja repleta de duros; no era de esas mujeres a las que nada les basta y llenan de compromisos al marido. Por eso no era justo que su hombre prefiriera la chilindrina a la tranquilidad de su casa. Más, a pesar de todos estos razonamientos, la pobre mujer conocía que no bastaba solo la bondad para ser amada. Allá en su pueblo, entre gentes familiares, todos sus celos vagos no se habían delinado; ahora en Rodalquilar tenía sospechas de que Pablo no le guardaba fidelidad y de que ocupando el puesto más importante la ponía en ridículo con su conducta. No podía lograr que saliera de casa de las «Rayadas», estaba jugando a todas horas y las que lo necesitaban, allí habían de ir a buscarlo. Pascuala, exasperada, le recriminaba su conducta; jera ese el ejemplo que debía dar? ¿Cómo lo iban a respetar así? Y como Pablo la oía resignado, su miseria la desesperaba hasta caer presa de violentos ataques convulsivos.

Cuando tal sucedía, las mujeres la rodeaban, hacían causa común con ella con ese espíritu de solidaridad femenina y eran ellas después, las que con sus lamentaciones plañideras contra el capataz y las «Rayadas», aumentaban el odio de sus maridos contra aquella gente intrusa.

La amiga más amiga de Pascuala, era la tía Ramona, la rezadora, viuda de un carabnero, que allá en su juventud tuvo mucho que sufrir por causa de las «Rayadas». Tanto que le expulsaran del cuerpo por culpa de ella. Un día que para hacer alarde de su dominio en retenerlo a su lado le hizo llegar tarde a la caseta, borracho y con una docena de pañuelos ensartados en un esparto colgando de los botones del chaleco. Y lo más gracioso fué que en vez de indignarse con su amante, causa de todo, se indignó con su mujer y la dió tal paliza que la rompió un brazo. No teniendo más que sentir, gracia a la pericia del tío Gaspar el curanderó, que la entablilló y la curó como cualquier médico cirujano.

La tía Ramona conservaba el odio a las «Rayadas», a las que culpaba de la temprana muerte de su marido, y de que por sus sufrimientos hubiese nacido idiota su única hija.

Frasca la Tonta era un tipo popular en el valle. De niña había llegado a vieja sin pasar por la juventud. Se habían prolongado sus años de infancia en su raquitismo; flaca y desmedrada; y al convertirse en mujer estaba hecha una viejuca apergaminada, con la maraña de cabellos ásperos y grises, espartoso; como si en aquel cerebro sin jugo no pudiese brotar más que aquella planta sarmentosa y descolorida, del mismo modo que no brotan mas que malezas en los breñales.

La pobre criatura alejaba de tal manera de sí la idea de mujer que nadie ocupó jamás de ella. Corría libre por el campo e iba de cortijo en cortijo; se sentaba silenciosa en el tranco de la puerta y se estaba allí echada, con paciencia de perro, hasta que las mujeres de la casa le daban algo que comer.

El odio de la tía Ramona fomentaba el de Pascuala, y entre las dos reunidas, empezaban a tratar el modo de poner en práctica algún sortilegio que librara a Pablo de la influencia de aquellas bribonas que sabían embrujar a los hombres, y sobre todo, que dañara a sus aborrecidas rivales.

La luz aquella tarde tan placida del mes de agosto, parecia salir de la tierra con la reverberación de los rayos del sol poniente en los dorados rastros de los haces recién segados.

Estaba el aire saturado de fecundación cumplida, llena de la madurez de las cosechas. Las gavillas de doradas espigas de trigo candeal se amontonaban en los haces cerca de la parva esperando el turno de su trillo. Los mazaes tempraneros acusaban la sazón de sus panojas doblando las cañas con su marchitez maternal.

En las huertas, cuyos bancales sorbian sedientos del riego, se ostentaban los melonares con sus sandías repletas de jugo de la tierra, con incitante frescura de botijo, las tomateras y los pimentales lucian entre el verde de las plantas sus encarnados frutos.

Los árboles ponían en las acequias la línea regia de su sazón. Los almendros abrían las capillas de las ayozas que caían al pie del tronco; los olivos cuajados de aceitunas, resplandecían con todo el exceso de savia que los congestionan en un verdor negruzco y los higos retorcían sus pezones maduros con dulzores de miel; mientras que los granados parecían empurpurados como rosales por el rojo de las granadas, que se partían jugosas y frescas en una risa de clavel reventón.

Cerca de las balsas algunos grupos de palmeras, melancólicas, añorantes, apartándose en su aristocrático exotismo de los árboles europeos, mecían sus penachos en el aire azul dejando pender sobre su tronco los ramos de dátiles maduros.

También estaba el monte en flor. El cogollo empezaba a abrirse al sol y el esparto blanqueaba en los atochas. Los pétalos olbrosos del cantueso, el romero y el tomillo apagaban la sed de las abejas que revoloteaban entre ellos, con sus gallardos cuerpecillos encintados, robándoles las mieles para enchar sus panales.

Esta sazón materna de la Naturaleza se comunicaba a los animales; tras las cerdas de opulentas ubres, corría la piara de cochinitos pequeñuelos. Seguían los pasos de burras y yeguas, retozones pollinillos y muletos; las chuecas tendían las alas sobre el nidal de esparto para cubrir docenas de polluelos. Había nidos en los árboles y en las piedras; un constante laboreo de hormigas en las hacinas de la era, y en el aire, nieblas de gasa de millares de mosquitos del vapor de agua de las atargeas y de la fermentación de las frutas maduras. Hasta la esquila que anunciaba la vuelta al redil de los rebaños, parecía unirse al balar de los corderillos que esperaban la vuelta de las madres en las viejas tinadas del corral.

Había en todo el ambiente un silencio denso, una placidez de sueño con ensueños, una quietud aparente para germinar toda la actividad, toda la voluptuosidad de una naturaleza amorosa, primitiva, fecunda, que se entregaba por entero a la plenitud de la cosecha.

Aquel ambiente influía en los grupos de gente que se dirigían al corral de los Peñones. Todas las veredas que iban de las otras tipas y de las casillas del valle conducía hacia allí la gente. Se habían dado cita para despojar las mazorcas del maíz. Era la costumbre de siempre en aquel régimen semi-comunista, conservado allí, que los vecinos ayudasen por turno a la tarea de desenvolver las panojas de su sayal de estameña y a las almendras de su tos-

ca cáscara verde. Estas reuniones de trabajo solían acabar siempre en fiesta. Se trabajaba jugando y al final se armaba un poco de baile con farsas o con prendas para pasar la noche.

Se iban reuniendo temprano todos los habitantes en el cortijo que tocaba de turno y se notaba la predilección de todos de no faltar al tío Matías, el labrador más generoso de toda la comarca que había de mojarles el gaznate con una ronda de peleón.

No habían aún acabado de comer las gentes de la casa la gran fuente de ensalada de pimientos picantes, con pedazos de tomate y cebolla que les servía de cena, cuando empezó a llegar la gente al cortijo.

Aquella comida, habitual en las gentes del valle, tan frugales que no probaban jamás la carne ni el pescado, haciendo creer en la virtud alimenticia de los rayos del sol, no podía apresurarse. Rabiaban de tal modo los pimientos que excitaban con el dolor del paladar la gana de comer, y todos engullían a porfía sendos pedazos del bollo de pan de cebada, moreno y con pajaza, que pinchaban en la punta de la faca para sumergirlo en la gran fuente común. Comían resoplando, limpiando con el revés de la mano los hinchados labios y limpiándose con las mangas de las camisas los hombros y con los delantales las mujeres, los ojos y la nariz, cuyas secreciones despertaba el picor.

Bien pronto se reunieron un par de docenas de personas, que se sentaron en posetes de pitaco o en bajas sillas de esparto alrededor de las pañojas.

Comenzó el desperfollar. El cortaplumas o el pinchito de madera rasgaba la envoltura de aquella seda, cada una de cuyas tapas se hacía más de seda, según se acercaba al cuerpo; las rompía, apartaba la cabellera de la pañoja, seca y rizosa, y la arrojaba, volteándola en el aire, con toda la belleza de sus granos de oro, apretados y alineados, a la gran espuerta que las recibía en su desnudez.

Cada nuevo grupo de gente que aparecía a lo lejos, a lo largo del camino, aumentaba la alegría de los trabajadores que recibían al nuevo refuerzo con bromas y algararas. Se contaban cuentos, se cantaban coplas intencionadas, se reía, y cuando cayó la noche, y la luz del candil no dispuso bastante las tinieblas, aumentaron las risas nerviosas de los mozueltos. Cada vez que uno encontraba una mazorca de granos de color vino, tenía derecho a abrazar a las muchachas, y, si la hallaban ellas, a golpear duramente a los mozos, soñando dar más fuertes porrazos a aquellos que les interesaban más.

Era pintoresco aquel conjunto de muchachas con abultados moños sobre la nuca, tez morena, con esa tonalidad de escama de plata y esa palidez de mujer andaluza que habla de pasiones y deseos y hace destacar más la luminosidad de los labios rojos, abultados y frescos y la voluptuosidad de los ojos color tabaco, ansiosos y tristes, bajo el lento aletear de los párpados.

Vestían casi todas ellas almillas de percal rayado, refajo color magenta, delantal de lana negra y un pañolillo de crespón, color garbanzo o color acetite, cruzado sobre el talle para disimular la exuberancia de los senos. La mayoría llevaban los pies libres de todo calzado, algunas calzaban alpargatas y solo las hijas de los labradores ricos se permitían el lujo de las medias.

Las casadas, que se marchitaban con extraordinaria rapidez, no se despojaban jamás del pañuelo de la cabeza. Las viejas, delgadas y enjutas, formaban un contraste con la frescura de las muchachas. Aquel tipo magro y fuerte era el común en las mujeres del país cuando comenzaban a envejecer.

Los hombres contribuían al conjunto de aquel grupo de como, con sus caras barbilampiñas, los ojos grandes, los dientes puros y blancos, por el hábito de comer gachas y pan de maíz, desgredadas las cabelleras abundosas y vestidos apenas con el pantalón de tela parda, la faja encarnada a la cintura, por entre cuyos pliegues salía siempre el puño de la faca, y el grisáceo cami-

són despechgado dejando ver el seno moreno y el marañón de vello, espartoso en los viejos y sedoso en los muchachos, como el plumón de los polluelos.

—No tendrá usted queja, tío Matías, de que no estamos aquí todos—dijo una cortijera interrumpiendo la conversación del amo con otros dos labradores viejos, que trataban de fijar los augurios de las nuevas cabañuelas para la próxima cosecha.

—Y que somos todos de los güenos—añadió la tía Ramona, aprovechando la ocasión de aludir a la falta de las «Rayadas» y los mineros.

Para nadie eran santos de devoción los que faltaban, y todos aplaudieron el decir de la vieja.

—¿Y Frasca?—preguntó una vecina.

—Se ha quedado en la casa. Tiené dende hace algún tiempo la manía de huir de los hombres.

Todos soltaron la carcajada con tan poca piedad, que amoscaron a la pobre madre, la cual guardó silencio no sin murmurar antes:

—Quién tenga hijas no ríe... bien guapa era de pequeña...; las malas leches que le di por los disgustos y las malas pécoras...

Se escuchó a lo lejos el ladrar de perros. Aquellos perros cortijeros, que se transmitían sus ladridos de alerta de cortijo a cortijo y que tan fielmente advertían la proximidad de las gentes.

—Alguien viene.

Prestaron todos atención.

Se escuchaba un cantar lejano:

*Permítame Dios si me orvías
la mar serena te tragae.»*

Y otra voz de hombre que cantaba casi a la par:

*«Si lágrimas fueran piedras
las que por tí he derramao.»*

—No es uno, que son dos los que vienen—observaron varios.
Las voces seguían acercándose.

«Y si yo te brví a tí»

cantaba la primera.

*«Haría yo un castillito
en medio del mar salao»*

remataba la otra.

El ladrido manso de los perros, anunciaba que era un conocido.

—A la paz de Dios, caballeros—exclamó apareciendo un mozo.

—Es Luisillo el molinero.

—Holá, Luisillo.

—Aquí tiés sitio.

—Qué tarde, vies, gándul.

—Y el compañero que traías?

El recién llegado vaciló antes de contestar.

—Era un minero que se ha lo por otro camino.

Una carcajada acogió la contestación. Bien sabían todos lo que era aquello. Los mozos que tenían miedo y cantaban con dos voces para hacer creer que no van solos.

Otro tropel de gente se acercaba.

—¡Los mineros! No eran huéspedes gratos para los hombres, que pusieron cara hosca, mientras las mozas se regocijaban.

Venta el señor Pablo con su mujer y toda la gente que no trabajaba aquella noche.

—Aquí estamos, tío Matías, a ver si servimos para algo.

—Ya lo creo!

Les acogieron con amabilidad hipócrita. Las mujeres rodearon cariñosas a Pascuala, que se limpiaba el sudor jadeando de fatiga.

—¡Como no tengo costumbre de andar—decía disculpándose.

Fué preciso sacarle una alta silla desde la que dominaba todo y no podía llegar a las panojas.

—¡Yo también quiero ayudar!

—Le pondremos un montón en la falda.

—¿Cómo se hace esto?

Su marido, solícito, la enseñó a desperfollar con un pincho de palo.

La pobre mujer se sintió satisfecha, sentada en su silla, como un grotesco Buda, con los bracillos cortos, tratando de retener las panojas que su vientro hacía resbalar de nuevo al montón. Gozaba de verse adulada por todas aquellas gentes y creía que influiría en su marido el cariño con que la trataban.

Sin embargo, la cordialidad había desaparecido. Se hacían violencia los mozos para no estallar, cuando un minero bromeaba con su novia o sus amigas y cuando quería hacer uso del privilegio de la panoja encarnada.

—¿A quién abrazo yo?—pregunló el capataz enseñando una; y ni corto ni perezoso se dirigió a la moza más bonita.

—Abráceme usted a mí—exclamó atajándole un mocetón—si es que le da lo mismo.

Pablo se detuvo desorientado. La moza se adelantó a responder:

—Que abraze a su mujer.

Palmotearon todos los hombres:

—Que abraze a su mujer.

—Que abraze a su mujer.

—Que abraze a la señá Pascuala.

Los mineros habían puesto cara fosca. Aquello era una provocación disimulada, una burla sangrienta. Todo el mundo sabía las desavenencias del matrimonio y querían reírse de ellos, haciendo a Pablo abrazar a aquella figura grotesca.

Algunos mozos acariciaban, nerviosos, el mango de la faca.

El capataz se dió cuenta.

—Con mil amores—exclamó jovial—, pero el abrazar a la mujer es cosa que se hace en casa. Si el tío Matías quiere, le daré el abrazo a la abuela—y señaló a la esposa del labrador.

Las mujeres respiraron, contentas de la buena salida, pero la agraciada no se mostró muy conforme.

—Yo no estoy para eso...—exclamó, mirando a su alrededor—, que abraze a la tía Ramona.

Esta no tuvo lugar de responder. Los perros ladraban rabiosos como si acometiesen con odio.

—Serán los carabineros.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó una voz bronca y sin armonía.

—Mi hija —exclamó la tía Ramona.

—Frasca la Tonta.

Varios mozos corrieron a sujetar los perros y llevar la muchacha hasta donde estaba su madre.

—Habrá tenido miedo en la casa —decía ésta.

Pero la muchacha había corrido al ver a los mozos con mayor susto que demostró de los perros.

—¡Qué célebre —exclamaron algunos.

—¡Tiene miedo a los hombres!

—¡Es gracioso!

Y todos rieron de aquella arisca virginidad inexpugnable, por repugnante, que se espantaba del peligro imaginario.

—Que la abracé el señor Pablo —propuso uno.

Dieron a correr detrás de la idiota, que se defendía corriendo alrededor de la palva y dando thillidos de ratón asustado.

—¡Dejarla!

—¡Esta sus quietos!

Gritaban la madre y algunas mujeres, pero ellos no hacían caso, y enardecidos por la caza de la idiota, que se les escurría de entre las manos.

La atraparon al fin, rendida, espantada, echada en el suelo, con un temblor de perro cobarde, tan asustada y desencajada, que ellos tuvieron miedo a su vez.

—Es una broma.

—¡Qué tontería!

—¡No es para ponerse así!

Decían, disculpándose.

La tía Ramona había acudido al lado de su hija y su alarma y su cariño se trasladaban en empujones y golpes.

—Diablo de criatura, para qué habrá venido.

Y aprovechaba la ocasión de desfogar su odio antiguo, diciendo, muy quedito a la Pascuala.

—¡Pobre hija!... Por esas malditas... esas malditas...

Como si sus palabras hubiesen sido una evocación, las tres generaciones de «Rayadas» aparecieron en la era. Venían Rosa y sus dos hijas, y la hija de Rosilla, la rubia idiota, con su semblante candoroso y su cuerpo incitante.

Hubo en los hombres un palmoreo de alegría. Ellas los vengaban de la infidelidad que representaban en sus mujeres con los mineros... y, en cambio, las mujeres se sintieron inquietas. En el fondo se alegraban también. Era bueno aprender un poquito de picardía. Las atraía, con curioso interés, aquella especie de aroma de pecado que se desprendía de las «Rayadas». Ellas hubieran querido preguntar, ver, saber todo.

Experimentaban la envidia de las honradas por las triunfadoras. Las veían risueñas, alegres, tranquilas, seguras de su dominio y de la envidia que inspiraban. Algún secreto tenían en su depravación que las hacían interesantes con su fealdad y parecía alejar de ellas la vejez. Mucho mayores que una gran parte de aquellas mujeres agostadas, conservaban su lozanía y su vigor. No les cabía duda que algún sortilegio las mantenía jóvenes y las hacía amadas, a pesar de su fealdad.

—Esas viven —decía por lo bajo una vecina a otra—, tan rozagantes y siempre en fiestas, no como yo, que me duelen las manos de cojer cogollo y esparto.

Y mostraba dos manazas negras, escamosas, encallecidas, con dureza de suela; en cuya palma habían penetrado las palmas y las atochas, hiriéndola en profundo surco.

Y la otra asenifa con la boca rajada de sostener en ella los espartos de la tomiza, y los párpados escaldados del polvillo que desprendía el esparto.

Se hizo el ambiente mas cordial. Las «Rayadas» habian puesto en él una nota de libertad y tolerancia. Sin embargo, el tío Matías no estaba tranquilo-tenia prisa de acabar.

Era muy mala-consejera aquella voluptuosa madurez del cuerpo. Respondian a ella lo mismo animalés que personas. Todas las casadas ostentaban repletos sus vientres de maternidad, o llevaban en el regazo un chiquillo de pecho. No se le ocultaba el peligro de aquella promiscuidad de gente sobre el montón de maíz, en la oscuridad de la noche, que no disipaba el candil de aceite, cuya llama, combatida por la brisa, se rebatía contra sí misma.

La Pascuala no podía disimular más.

—¡Quiero irmel

Protestaron todos.

—Vamos a partir unos melones y esto se acaba—agregó Matías—, mañana hay que madrugar.

No se atrevia a darles bebida.

—¡Melones!

Era una desilusión para los mozos que esperaban una roncada de copas.

—No tengo vino.

—Podia haberlo dicho—objetó la «Rayada»—, lo hubiéramos traído.

—Un vinillo muy bueno que traje ayer padre de Nijar—agregó Juanilla.

—¡De haberlo sabido!...—disculpó Matías.

—No está lejos—dijo uno.

—Es tarde—objetó la dueña de la casa.

—Yo iré por él—dijo un minero.

—Y yo convido—se adelantó Pablo.

La Pascuala no podía resistir aquello. ¡Qué grosería! ¡Qué falta de educación!

—Vámonos, Pablo.

El no le hacia caso. Miraba embobado a Rosilla que con la panoja encarnada en la mano, le azotaba cariñosamente diciendo:

—¡Ahora me toca a mí!

Pascuala sintió que se le apretaba el corazón, que le faltaba aliento y luz, se crisparon sus manos y la bola redonda de su cuerpo cayó pesadamente sobre la espuerta de panojas desnudas, puestas a sus pies.

Todos acudieron a ella.

Se retorció, brincaba, se golpeaba la cabeza y el cuerpo en saltos y contorsiones, tan rápidas y ligeras, que nadie podía suponer en ella.

Estaba horrible, revueltos los ojos, espumareante la boca, demudada y congestionada en su convulsión.

—Es mal de corazón.

—No asustarse.

—Ello pasará.

Pablo estaba avergonzado, rabioso. Todo el mundo comprendería el origen de aquello. ¡La dichosa mujer poniéndole siempre en ridículo!

—Apretarle el dedo del corazón y el dedo gordo del pie—dijo uno.

Una mujer corrió a buscar vinagre para que oliera, y otras le hicieron aire y le aflojaron los vestidos para que respirara mejor. Las más solícitas eran las «Rayadas».

Se vencieron al fin las convulsiones y la inmensa moie de carne blanda se quedó inmóvil, como muerta.

—¡Pobrecita!

—¡Es una lástima!

Las mujeres estaban indignadas:

—No la compadecerán todos—dijo la tía Ramona agresiva.

Su mirada se clavó tan fija en Rosilla, que esta no se pudo desentender. Enarcó el cuello, ahuecó los brazos como los gallos que se preparan a acometer, levantó las alas y preguntó con voz incisiva.

—¿Se puede saber por quién va eso?

—Por tí—repuso tranquila la otra—. Lo que se hereda no se hurta.

La machacha hizo ademán de lanzarse sobre ella.

—¡Déjala!—dijo Rosa sujetándola—es una vieja envidiosa.

Y procuró apartarse temerosa al ver cómo lucía en la mano de su antigua rival la navaja con que abría las panojas.

—Ca, esto se ha acabado por hoy, otra vez será otra cosa. Cada mochuelo a su olivo, es preciso madrugar, exclamó imperativo Matías.

Una noche en que se aguaba la fiesta y la alegría. Se despidieron todos uniéndose en dos compactos grupos para retirarse. Uno de los campesinos, otro de los mineros. La hostilidad latente se declaraba desde aquel momento de un modo visible.

Un momento después no quedaba más que la familia del cortijo y la tía Ramona, al lado de la Pascuala, que empezaba a volver en sí, desahogando su mal y su dolor en maldiciones.

—¡Perras! ¡Mal dolor rabiendo les de! ¡Pablo! Canalla, cochino, infame. ¡Permita Dios que te haga pedazo un barreno!

Y mientras el hombre aguantaba confuso y paciente el chaparrón de inventivas y las demás procuraban calmar la furia de la mujer infeliz, resonaba un ronquido de perro en siesta.

Era Frasca la Tonta que se había dormido acurrucada en el suelo junto a la chimenea.

Y no faltó quien envidiara el tranquilo reposo de la idiotez.

—¡Esa sí que es dichosa!

Las cosas iban de mal en peor. Los mineros abusaban cada vez más para burlar a los campesinos. No era sola la culpa de ellos; eran las mujeres que no tenían vergüenza.

El vallecillo ardía en intrigas, en malas pasiones, en lujuria. Las minas seguían negando sus filones, no se admitía gente a trabajar, tenían que emigrar los naturales del país y dejar sus casas y sus mujeres, mientras que los intrusos venidos de fuera, se refocilaban en buenas comilonas y no dejaban de tocar la guitarra, rondar a las muchachas y hasta a las casadas jóvenes y emborracharse y jugar en casa de las «Rayadas.»

Lo había invadido todo la ola de la voluptuosidad. Se decía de más de cuatro mujeres cuyos embarazos no coincidían con la fecha de la ausencia de sus maridos; se muturaban mil historietas sabrosas, como cuentecillos italianos, y se hablaba de bodas apresuradas para ocultar el estado de la novia, del cual ciertamente no era el novio el responsable.

Rosa había encontrado un infeliz que se casara con su alvina. Había sido el padrino Pablo, a pesar de los denuestos y maldiciones de su mujer que parecía ahora una colambre arrugada en un enflaquecimiento que no le hacía perder mole a causa de sus ataques al corazón.

El marido de la muchacha era hijo de un labrador rico de la Hortichuela que en vano se había opuesto a la boda. Se había celebrado la ceremonia con gran pompa en Nijar, y al regreso buscando el claror de la luna para andar el camino, se habían extraviado de la comitiva las yeguas que montaban el novio y Pablo llevando a la grupa respectivamente a la suegra y a la desposada. Como ambas parejas habían perdido el camino no parecieron hasta el día siguiente, y por cierto a Pablo y Rosa se les había escapado la cabaigadura y perecieron andando con las mantas y las zaleas a cuesta.

Pero el colmo del escándalo no era ese. Era una cosa increíble, monstruosa, una profanación sin nombre: ¡«Frasca la Tonta» estaba en cinta!

El atentado contra aquella virgen agreste, guardada en su fealdad y su miseria, era la deshonra del valle. La infeliz no había tenido conocimiento de su desgracia.

Recordaba la madre haberla visto llegar un día excitada, temblando, desgarradas las ropas en una de las crisis nerviosas que le eran frecuentes.

Desde entonces databa su temor a los hombres, aquel temor que tanto había hecho reír. La infeliz brutalizada por el desconocido que abusó de su miseria había cobrado un temor invencible hacia todos.

Un día había corrido asustada de sí misma. Sentía revolverse una cosa dentro de sí; se apretaba el vientre con las manos desesperada.

—Un lagarto... un bicho... sácame esto, madre.

La infeliz tía Ramona había comprendido la verdad. Era la amargura mayor de su vida. Aunque aquella hija tonta no podía tener concepto del deshonor, la afligía el dolor, la humillación, la profanación hecha sin amor, de aquella carne que era la propia carne suya.

Para ella desaparecía la fealdad y la miseria de su hija. Pensaba siempre en la niña chiquitina que alegró su hogar en días venturosos, llevándole una promesa de felicidad. Aquella pobre niña fue víctima de la infamia de las que le robaron el amor de su marido, víctima del alcohol y la lujuria de su padre. Ella le había amado más en su infancia, por su debilidad enfermiza, por el peligro de verla morir agostada. Se culpaba a sí misma de no haberla amado lo bastante para defenderse de todo otro sentimiento que no fuera ella y salvarla de todo su fatalismo. Muchas veces renegó desesperada de su fuerza, de su propia salud, cuando veía a su lado la niña delicada, débil, enfermiza. Acostumbrada a su idiotéz no se había dado cuenta de ello. Su Frasquita no era «Frasca la Tonta» como le llamaban los convecinos, era «Frasca la Niña». Para la madre, la idiotéz era simplicidad infantil. No apreció el paso del adolecente a la pubertad, no le inquietó que fuese una mujer. Para ella era siempre una perpétua niña.

Por eso le sorprendía lo brutal de aquella violación monstruosa. Se consideraba deshonrada, humillada en sí misma. Aquél odio sedimentado y constante a las «Rayadas» se había agudizado, había cambiado de objeto, había adquirido acometividad.

La poseía un deseo de venganza. ¿Contra quién?

Frasca no podía designar al culpable. No tenía idea de nada de lo sucedido. La habían golpeado, la habían maltratado; la habían hecho daño. ¿Cuándo, en qué lugar, quién? No sabía precisarlo.

Le había presentado su madre uno a uno todos los hombres del lugar. Sospechaba de todos: arrieros, buhoneros, campesinos, mineros... la había llevado a la caseta de carabineros... ¡Nada! Ningún indicio; todos causaban a la infeliz el mismo temor, la misma repulsión, igual indiferencia. No guardaba ningún recuerdo.

Su obsesión era huir, huir de sí misma, de aquel ser extraño y vivo que sentía agitarse dentro de su vientre.

Su madre había querido ocultar aquella humillación. El aborto no era un pecado para ella. El fruto del vientre les pertenecía mientras no era ya una cria

tura completamente formada. Ellas sabían los procedimientos rudimentarios: baños calientes, tazas de canela cocida, sangrías en los pies y grandes purgas de sal de higuera. Aquella vez fué todo en vano, estaba bien agarrado el indino.

Fué preciso resignarse y la pobre tonta sufría, aullando los dolores maternales, para dar a luz un robusto muchacho. No parecía aquella criaturita angelical sonrosada y tierna como un rollito de manteca, hijo de una madre tan degenerada y producto de aquel hecho abominable y monstruoso.

La abuela tenía momentos de olvido y de satisfacción contemplando la criatura y escuchando los elogios de las vecinas. No se acordaba de la vergüenza que suponía el nacimiento del niño ni de la brutalidad de que fué víctima su hija. Se le abría el corazón en maternidad para amar a aquel pobrecito ser inocente; le parecía que era su misma hija, su propia Frasca, cuando de pequeña era también bella y rosada, antes de adquirir aquella triste enfermedad.

La pobre tonta no había tenido idea de su maternidad; una vez curada, libre de las molestias del embarazo, su rostro recobró una expresión tranquila. Miró al muchacho con la indiferencia que tenía para todas las cosas, y no entendió nada de lo que su madre le decía, presentándosele para que lo besara.

Fué preciso sujetarla entre dos para que le diera el pecho. Miraba con terror al niño, asustada de él. No fué posible dejarle a su cuidado; conforme avanzaba el tiempo iba acumulando odio a la criatura; le lanzaba miradas oscas, amenazadoras. Ramona tenía que vigilar constantemente, y cuando sus ocupaciones le exigían salir, llevaba el niño a casa de una vecina que cuidase de él. La tonta rondaba los alrededores como atraída por el muchacho, con un odio extraño, como si deseara el momento de quedarse a solas.

Cada vez que había de darle de mamar, era preciso sujetarla como a una cabra arisca.

El niño aquel era para toda la gente de Rodalquilar un padrón de ignominia. No había mujer que no se inquietase al pensar en la paternidad de la criatura, ni hombre que no se indignara ante la sola sospecha de que se la pudieran atribuir a él. Era demasiado salvaje, demasiado vergonzoso, el hecho. Frasca, por su idiotez, por su suciedad, por su degeneración repugnante, era un ser abyecto, cuyo trato causaba la deshonra del hombre que se le acercase. Para mirar como mujer aquel deshecho de la vida y llegar a la violencia, era preciso ser un salvaje.

Antes de que diera a luz no faltaba quien creyere que saldría de su vientre algún producto híbrido, mezcla de ser humano y de bicho, como sucedía alguna vez con las cabras y ovejas, que daban a luz monstruos engendrados en tratos con el pastor.

Se buscaba con ansia el parecido del niño. El niño se parecía a todos y no se parecía a nadie. Dejaba con sus facciones desdibujado aun sus ojos claros y su reposo de recién nacido, campo libre a todas las imaginaciones. Sin embargo, cuando transcurrieron un par de meses y el trocito de carne se animó con las primeras sonrisas, cuando se le asomó a los ojos ese espíritu serio, contemplativo, pensante, que se asoma a los ojos de los niños, como si dentro de ellos viviese un espíritu viejo; las mujeres estuvieron todas conformes en afirmar que el muchacho no era hijo de ningún habitante de Rodalquilar. Era más fino, más blanco que los hijos de los campesinos. Lo afirmaban todos. Aquella criatura no podía ser hijo más que de un minero, de uno de aquellos hombres sin mujer que andaban detrás de las campesinas y de las «Rayadas», aquel grupo de sinvergüenzas que para suplir la falta de la esposa, la cual no entraba en la cantina desde su matrimonio, se había reforzado con cinco muchachas, hijas de los tres que habían sacado del montón de los varras, para que les ayudasen en sus tareas.

El dinero todo de la mina iba a parar a las manos de aquellas mujeres, que encantadas de sus pingües ganancias, despreciaban ya a los campesinos aumentando el odio que unos y otros se profesaban.

La Pascuala y Pablo iban de mal en peor. El adoptó un cinismo desvergonzado para no preocuparse de su mujer. Oía sus quejas y veía sus lágrimas con el mismo estoicismo que escuchaba las diatribas y maldiciones del amor enconado de la infeliz, que tomaba en su desesperación los acentos del odio.

En más de una ocasión la dejó revolcándose en el suelo, con su mal de corazón, sin sujetarla, para que no se hiriese: «Así se muriera». Y cuando todo el valle se indignaba, las «Rayadas» se reían. Sin una mujer a quien humillar y hacer sufrir, su triunfo no será completo.

La tía Ramona era su sola confidente, su compañera. La primera intentó hacerle tomar cariño al hijo de Frasca. El capataz y su mujer no tenían hijos y podrían ser excelentes padrinos para la criatura. Pero los dos habían estado de acuerdo para mostrarse desafectos con el pequeñuelo. El señor Pablo no se dignó mirarlo siquiera, y la Pascuala lo cogió con repugnancia.

La tía Ramona había interpretado aquello bondadosamente. El estaba influidor por las «Rayadas», sus eternas perseguidoras, para despreciar a su nieto y Pascuala, absorta en aquella rabiosa pasión de celos, de amor y de rabia que suscitaba en ella su marido, no tenía ningún remanso en el corazón para ningún sentimiento dulce.

Aquella noche de Navidad se hacía más triste y más melancólica para Ramona y Pascuala. Estaban las dos sentadas al lado del fuego, solas y silenciosas. El viento azotaba con furia las paredes de la casita y penetraba por los intersticios de las paredes, mal obradas, y los claros de las puertas, que no encajaban bien, amenazando alzar el techo de arcilla.

—¡Qué noche tan triste!

Con esa influencia juvenecida de los aniversarios, las dos pensaban en las Navidades felices de su juventud. ¿Quién no ha tenido una Navidad dichosa? Por eso, sin duda, son tan tristes siempre y tan melancólicas las Pascuas de los abandonados.

Las dos mujeres hablaban quedo. Recordaban sus alegrías pasadas. Frasca estaba acurrucada cerca del fuego, y la tía Ramona tenía en brazos al niño, dormidito. Aquella noche se hitaba para celebrar la fiesta. Pascuala estaba más excitada que nunca. Verse en tierra extraña, sola, abandonada, venían a su memoria los contrastes de la vida pasada y pensaba en el marido, que a aquella hora se embriagaba de alegrías adúlteras fuera del hogar.

El viento venía a hacer más triste, más lóbrega, la impresión de las dos mujeres. Fingía gemidos, silbidos, voces al quebrarse contra la casa y al penetrar por los huecos. En algunos momentos hacía estremecer y temblar los cimientos.

Se escuchaba a lo lejos un continuo ladrar de perros. Parecía mentira que con aquella noche oscura, de viento y llovizna, los aguinaldos cruzasen los caminos tan largos para ir de cortijo en cortijo. Y, sin embargo, era así; había pandillas de la gente del valle y pandillas que venían de Las Negras, de la Hortichuela y de Escuyas, lugarcillos fuera del valle, a más de una legua de distancia.

Llevaban todos zambombas, panderos, sartenes, almireces. La cuestión, más que tocar, era producir un ruido sordo y ensordecedor. Iban siguiéndolo la escasa luz de un hacha de abardín, volteada por el que dirige la pandilla y que solo parecía un tizón opaco en la oscuridad de la noche.

Tropezando, descalzos, azotados por el viento y calados por la llovizna, seguían su tarca de cantar los aguinaldos, dándole todo el sabor de una fiesta.

Llegaban silenciosos a las puertas, pisando blando y hablando en voz ba-

ja. Solo el ladrar de los perros, que aumentaba a la proximidad de la gente, les delataba. A una seña del director, estallaba como una tempestad el estruendo de cacharros que se unía a los acordes de las guitarras, las pandere-
tas, los tambores, las zambombas y las castañuelas, tocaban, repiqueteaban y golpeaban todos a porfía. Algunos habían hecho un instrumento con un canuto de caña partido en dos mitades, que golpeaban, cogiéndolo del mango y sacdiendo atléticamente el brazo para producir un castañeteo prolongado y crujiente.

Y a una voz cantaban todos un villancico seguido de un estribillo alusivo:

*«Toda la noche he venido
rodando como una baía,
sólo por darle las Pascuas
a la señora Pascuala.»*

El ruido apagaba la voz y luego volvía a comenzar otra copla

*«¿De quién es la casa nueva
con ventanas y balcones?
Del señor Pablo Muñoz:
Dios te dé muchos doblones.»*

La cortesía ordenaba abrir la puerta antes de la cuarta copla. Naneando se dirigió a ella Pascuala mientras Ramona acallaba al niño que lloraba asustado del estruendo, y la tonta se encogía ocultándose bajo los harapos que le servían de cobertura, con aquel temor que experimentaba de la gente.

Era la costumbre convidar a los aguinalderos y darles un obsequio. Los labradores ricos amasaban tablas de roscas de aceite, de un par de kilos cada una, sembradas de almendras; ricas mantecadas, aplastadas y grandes, y sendos bollós de pan de higos.

Algunos añadan a este obsequio espinazos de la reciente matanza y cuerdas de longaniza; dones que luego repartían los aguinalderos como botín de su campaña.

Aquellas noches las pandillas iban todas a turbar el reposo de la triste morada del capataz. La seña Pascuala, que tenía una idea extraordinaria de las relaciones sociales y de la dignidad del cargo de su marido, sabía obsequiarlos a todos. Pero a cada nueva cuadrilla la inquietaba:

—¿Serán capaces de venir las «Rayadas»?—insinuó.

—Esas son capaces de todo—repuso Ramona.

La mirada de la capataza acarició la escopeta de su marido colgada bajo el vasar. La vieja le siguió la mirada. Ya sabía ella lo que era aquel deseo de venganza.

—No seas tonta—dijo—; después de tó no son ellas las culpables.

Se indignó Pascuala. ¿Que no? ¡Ya lo creo! Siempre había sido su marido bueno y cariñoso. La culpa de todos los males la tiene la desvergüenza de las mujeres que los vuelven locos. No, no quería ella vengarse de su marido. Su sed de venganza, de sangre, no podía aplacarse más que con el daño de aquellas infames mujeres.

Otra pandilla interrumpió la conversación:

*«Dios te dé mucha salú
en el sitio donde moren
al señor Pablo Muñoz;
en esa casa cara de flores.»*

Se levantó satisfecha y abrió la puerta. El soplo violento y frío del aire amenazó apagar el candil. Los aguinalderos se precipitaron en la estancia atraídos por el fuego protector. En el primer grupo iba el marido de la alvina. Pascuala buscó cerca de él. ¿Estarían por allí las pécoras? ¿Se habrían quedado fuera? Cerró apresurada la puerta, y excitada, nerviosa, perdido el sentimiento sociable, como le sucedía siempre en aquellos casos, preguntó encarándose con el muchacho.

—Supongo que no vendrá contigo la sinvergüenza de tu mujer.

—¡Qué cosas tié usted, señá Pascuala!—repuso él con resignación y cachaza campesina.

Aquello exasperó a la capataza y le dijo desdeñosamente:

—Eres un cabrito.

Intervino Capuzo, el herrero.

—¿Qué culpa tié la infelz de las cosas de su familia?

—¡Claro!—afirmó desconcertado el esposo.

—Bastante tiene con mantener su casa y su hijo—agregó una parlanchina.

—¿Su hijo? ¡Ya!—exclamó burlona Pascuala, y cogiendo del brazo al mozo lo acercó a la espuerta donde la tía Ramona había depositado al niño, se lo señaló diciendo:

—Se parece tu hijo a ese.

Entre la carcajada brutal de aquella gente, excitada por la fiesta y las continuas libaciones, se oyeron dos rugidos sordos. El marido de la alvina y la tía Ramona, pálidos y anhelantes, miraban hacia la rústica cama.

Un momento después, cuando se marcharon los aguinalderos, la Pascuala cayó presa de sus habituales convulsiones.

Desde el día siguiente el odio de todo el pueblo señaló a Pablo como padre del hijo de Frasca.

—Su mujer lo ha dicho.

De la alvina no se inquietaba nadie

¿Cómo había ocurrido aquella desgracia? Nadie se lo explicaba y todo el mundo estaba consternado.

El primer día de trabajo, después de la varada de Navidad, el señor Pablo había entrado a reconocer los pozos para recomenzar la labor.

Apenas empezó a bajar el ascensor se escuchó un ruido sordo, opaco, paavoroso. Las amarras del torno, aquellas dos enormes maromas de esparto majado, se habían partido y la tosca jaula en que iba el capataz con otro minero se precipitó rodando en el abismo.

Se escuchó un grito, después el chocar de tablas y pedrags. Luego, nada...

Algunos se acercaron a la boca de la mina.

—¡Señor Pablo!

—¡Juanillo!

Inútil todo.

El ascensor se había estrellado en el fondo del pozo.

Y después de un trabajo de dos días para extraer los cadáveres, éstos presentaban un montón informe de carne, confundidos un cuerpo con otro, con las astillas de las maderas y con la tierra del pozo en un formidable amasijo putrefacto.

El Juzgado de Nijar, llamado por el alcalde pedáneo, no pudo averiguar si se trataba de un crimen o de un accidente. ¿Estaban cortadas las maromas o gastadas por el uso? ¿Era un delito o una imprudencia la causa de la desgracia aquella?

Los mineros nada habían notado; los campesinos callaban todos.

Algunos pensaban en la tía Ramona y en el marido de la albina. Los habían visto juntos cogiendo leña por los barrancos y vericuetos cercano a la mina, y aunque se indignaban contra los culpables de aquel hecho, nadie se atrevía a denunciarlos. No había certeza de nada. Con la desgracia todos se amistaban con los mineros.

—¡Pobre señor Pablo!

—¡Tan bueno!

—¡Tan rumboso!

—¡Tan campechano!

En el fondo todos se indignaban con la Pascuala. Ella había sentenciado a su marido la noche que le designó como padre de los hijos de Frasca y de la Alvina.

¿Merecían los dos idiotas aquella venganza? ¿Y aquel pobre Juanillo, inocente, que acompañaba al capataz?

Ovidaban que la tempestad se había condensado con los odios de todos, con su ambiente pasional y que las idiotas no eran más que un pretexto.

Pero las gentes de Rodalquilar necesitaban un criminal a quien hacer reo de su vindicta. Eligieron a Pascuala.

—¡Le han alcanzado sus maldiciones!

—¡La bruja!

—¡Pobre hombre!

Y nadie hizo caso del dolor y la desesperación de la infeliz, que pedía perdón a su marido, llamándolo con los nombres más dulces.

La empresa minera, asustada, ordenó la suspensión de los trabajos.

Y fue en aquel día de Enero, bajo el sol africano del valle, cuando la triste comitiva de mineros, con el atilío al hombro, cruzaban el valle silente y tranquilo, hacia la cuesta de las Carihuelas, para remontar la montaña y salir de aquel paraje, devueltos a la corriente de la vida.

En medio de ellos, en un mulo, montada sobre las amplias silleteras, iba la Pascuala atontada e inerte.

Nadie les daba la despedida. Algunas mujeres y chiquillos se asomaban a las puertas y a las esquinas de sus casas, hacían covachuela con la mano a los ojos para mirar en silencio. Parecía que otra vez el entierro de Pablo y Juanillo volvía a pasar.

En casa de las «Rayadas» se tocaba la guitarra y se jugaba al Pablo, como de costumbre.

La tía Ramona, más acartonada, más envejecida, iba en sentido contrario hacia el mar, ocultando un bulto bajo el mantón.

Cuando llegó a la arena se detuvo. Miró alrededor. Nadie. No había ningún carabnero. Sin duda dormían su siesta.

Depositó el envoltorio en el suelo: una azada y el cuerpecillo del hijo de Frasca, amoratado, con la nariz y los ojos inyectados de sangre, rígido y descompuesto ya por la muerte.

La abuela empezó a abrir con valentía la fosa en la arena resaca y move-diza. No habían bautizado aún a la criatura y no valía la pena de llevarlo a enterrar. Aquel ser había pasado por la vida como una sombra, aquella mañana lo había encontrado muerto en la faida de su madre. Lo había ahogado apretándolo contra el pecho en su primer impulso de cariño.

Ramona tuvo que luchar con la idiota para quitarle el cadáver que mecía y besaba con una especie de lucidez maternal.

Al ir a depositarle en la tierra la pobre vieja sintió el influjo de todo el cariño que le inspiró la criatura débil, blanca, sonriente, que le acariciaba el arrugado rostro con las manecillas tibias, tiernas y suaves. ¿Por qué sintió odio por el nacimiento de aquel infeliz? ¿Le habían hecho el mayor bien con la bendición de aquel niño! Dos lágrimas lentas rodaron por su rostro actinoder-

mo... Volvió la cabeza y vió la procesión de los mineros que se perdían en la montaña doblando la colina del barranco del Granadillo.

—¡Más vale así... que no quede nada de esa casta!

Fiera en su venganza, cubrió de tierra el cuerpecillo, cogió la azada y emprendió el camino de su casa en cuyo umbral dormitaba Frasca la tonta, encogida como una bola entre sus trapos sucios, de los que salía la cabeza innoble, brutal, con el pelo cano, espartoso y crespo. Se volvía a sentir sumisa en su miseria sin la sonrisa de luz del niño. ¡Y lo había considerado como un oprobio!

A lo lejos ladraban aún los perros del barranco al paso de los mineros y sus ladridos repercutían al rodar por el aire como un aullido fúgubre y siniestro.

García de Vargas
Colombiano

Prohibida la reproducción

Señoras: Con el uso de la agua **La Flor de Oro** se tiene siempre la cabeza sana y el cabello hermoso, abundante y negro. Se vende en las perfumerías y droguerías.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡ ¡ B U R E K A ! !

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, 11 :: MADRID

La Novela TEATRAL

publicará mañana, domingo,
: la comedia en dos actos :

EL NIÑO PRODIGIO
original de

Alvarez Quintero
VEINTE CÉNTIMOS

OBRAS PUBLICADAS

Trata de blancas.-La sobrina del cura.-El Místico.-Los semidioses.-Las Cacañas.-El Lobo.-Charito, la Samaritana.-El verdugo de Sevilla. - Todos somos unos.-El rey Galaor.-La casa de Quirós.-Fúcar XXI. - El río de oro. - Sobrevivir.-Alma de Dios.-El Cardenal.- El pobre Valbuena. - El hombre que asesinó.-Las Estrellas.-Dolorettes.-La señorita de Trevelez.-Serafina la Rubiales.-Aben Humeya.-El señor Feudal.-La eterna víctima. - Jimmy Samson. - Lopez de Coria.-La Gioconda.-Primavera en otoño.-El crimen de ayer. - El misterio del cuarto amarillo.-Francfort. - La Rebotica. - La frescura de Lafuente. - Primerose.-Ciencias exactas.-Doña María de Padilla.-Raffles.-La Praviana. - El gran Tacaño.-Mirandolina.-Genio y figura.-La gentuza.-La viejecita. - Parada y fonda.-La alegría de la Huerta.-Petit-Café.-Los Novateros.-Electra.-Tiquis Miquis.-El último Bravo. - La marcha de Cádiz. - Doña Perfecta. - La Tizona.-Miquette y su mamá. - Los cuatro Robinsones. - Los gemelos. - La loca de la casa.-Gigantes y cabezudos.-Daniel.-El chico del cafetín.-Realidad. - La sala de armas.-Pastor y Borrego.-La leona de Castilla.-Doña Clarines.-La Noche de Reyes.-Los cadetes de la Reina.- Amor de artistas. - El terrible Pérez. - El Patio.-La Tempranica.-Trampa y cartón.-La Corte de Paraíso.-La escondida senda.-El duque de la Africana.-El fresco de Goya.-El niño judío.-La manta zamorana.-El señor Jiménez. - La de San Quintín. - El método Górritz. - El noveno mandamiento.-La balsa de aceite.

DEPURADOR HIGIÉNICO Y RÁPIDO

"A R S O"

CARDENAL CISNEROS, 28. --- MADRID



Que linda luz da
 la LAMPARA OSRAM en
 LOS GRANDES
 SALONES

467

CONCESIONARIO MARIA
LEON ORNSTEIN

Oficinas y **PRENSA POPULAR** propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Fritas.
 Talleres de Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 2.—MADRID.
 Diputación de Almería — Biblioteca. Venganza., p. 24